

3 de junio 2025

Del goce de la histórica al goce femenino

José Guillermo Martínez Verdú*

Nunca hay que decir que el deseo femenino es pasivo y que el masculino es activo. Eso es falso. Es un trabajo de la mujer ser deseada. Si no hay deseo nada se produce. Del lado femenino no es pasivo.

Gerard Pommier.

Lo único importante de la sesión es lo desconocido. No debe permitirse que nada distraiga la intuición de ello. En toda sesión tiene lugar una evolución. Algo se desarrolla a partir de la oscuridad informe... Esta evolución es lo que el psicoanalista debe estar listo para interpretar.

Wilfred R. Bion.

Comencemos con la causa del deseo, es decir, qué es lo que en los humanos pone en marcha el deseo. Lo tenemos en uno de los términos de la fórmula lacaniana del fantasma:

$\$ \diamond a$

Se trata del ***a***, del **objeto pequeño *a***, objeto causa del deseo.

* José Guillermo Martínez Verdú (APdeBA - I.P.A. – Universidad de Valencia). Dirección: C/ Dr. Gómez Ferrer, 13, 19ª. 46010 Valencia. Tel.: +34 619 889 566. Email: J.Guillermo.Martinez@uv.es // martiver@cop.es . Web: Psicoanálisis en la Universidad (Ritmos Freudianos) .

El objeto *a* es su invento, dice Lacan. A partir de los objetos parciales de Freud, a saber: el pecho, el pene y el escíballo, Lacan va a añadir dos más: la mirada y la voz. Y los va a formular como **objeto a, objeto causa del deseo**. Hay personas para las cuales es condición erótica una determinada mirada, una determinada forma de mirar; para otros puede ser más importante la voz, por eso en los juegos de seducción cada uno se pregunta qué será lo que causa en el otro el deseo y si lo descubro y me acomodo a eso le podré seducir. Para un hombre los pechos de la mujer suelen ser una condición erótica muy importante, pero hay hombres para quién no lo son y lo es en cambio un determinado tono de voz o los “ojos verdes” de la copla o una mirada que, como decíamos antes, promete el paraíso.

El objeto *a*, causa del deseo, queda articulado en el fantasma y éste formará el libreto o la escena que siempre querré reproducir en la medida en que haciendo límite al goce me otorga un **plus de goce** que como *resto de lo real* guardará siempre una relación y procurará una cierta sublime satisfacción de ignorado goce incestuoso (recordemos lo edípico mostrado por Freud a propósito de la condición erótica en sus “Aportaciones a la Psicología de la vida erótica”).

Hago referencia al ignorado goce incestuoso porque de eso se trata en el mencionado paraíso. Paraíso soñado de felicidad, de paz, de descanso, de unión e indiferenciación con la madre. Paraíso perdido que nunca fue ni se tuvo pero que las huellas mnémicas de las experiencias infantiles de satisfacción dejaron retroactivamente (*nachträglich*) inscritas por siempre y para siempre en nuestra fantasmática inconsciente.

Cuando alguien maltrata física o psíquicamente a su pareja está también teniendo una satisfacción incestuosa, satisfacción de la cual gozan tanto el maltratador/a como la víctima (“¡mira cuanto me quiere mamá, cuanto me necesita!”). Se reprochan que no se dan lo que necesitan, ese paraíso perdido, pero entonces quien actúa en posición sádica le da al otro/a el goce masoquista que finalmente puede conducir a la repetición del **Estrago** o *devastación* vividos con la madre en época primordial y que, repetición tras repetición va transitando con odio y rencor por el goce del Otro. Y si él o ella abandonan al compañero/a podría conducir bien a la más sutil de las violencias, bien a cualesquiera formas de explícita violencia.

Hay algo, decíamos, que un hombre *sueña* de una mujer entonces, ahí es cuando la está haciendo su síntoma y cuando hablamos de síntoma estamos diciendo que el síntoma es

un significante que representa al sujeto para otro significante. *La mujer que yo creo, que yo construyo, la mujer que quiero es la mujer que me llega a representar, el síntoma que me representa para lo social; mi mujer me representa ante el mundo*: no es lo mismo tener una mujer fea que una mujer guapa, que inteligente o que tonta etc., no es lo mismo tener una mujer que a uno sepa llevarlo mejor que llevarlo peor. En la vida social es muy importante el papel de la mujer porque es lo que lo representa a uno frente a lo social. En términos de Lacan (1971): «para obtener la verdad de un hombre, conviene saber cuál es su mujer, por supuesto llegado el caso, su esposa; y por qué no: es el único lugar donde eso puede tener un sentido, lo que alguien, un día, entre mis allegados llamó el pesa-persona. Para pesar a una persona, nada mejor que pesar a su mujer cuando se trata de un hombre. Cuando se trata de una mujer no es lo mismo, porque la mujer tiene una gran libertad con respecto al semblante [la apariencia] Ella llegará a dar peso incluso a un hombre que no tiene ninguno». De ahí otro de los problemas: si la mujer deja al hombre, se lleva su «verdad», parte de él y se queda sin síntoma frente a lo social se queda sin alguien que lo sostenga y lo represente. Pero si lo que se da es la infidelidad o el repudio de él hacia ella, lo que sucede es que ella pierde su estatuto de síntoma de él y, por tanto, de *identidad de Mujer*. Se ve que se trata de posiciones totalmente disimétricas para hombre y para mujer. Además, es que el temor del hombre gira más en torno a la pérdida de goce, mientras que el de una mujer frente a la pérdida de amor.

En el seminario 19 “...o peor” (Pg. 119), habla Lacan del **desconocimiento** en lo tocante al goce femenino y de esa parte de la mujer que no la hace completamente abierta a la función fálica para terminar diciendo que: “El **desconocimiento** del hombre es por ello forzoso, lo que constituye —dice— la definición de **la histérica**”.

La histérica, tal vez por eso la menciona Lacan, como todo el mundo, no quiere saber acerca de su deseo, no quiere saber del saber del inconsciente. Y ese sería un tipo de desconocimiento más ligado a lo inconsciente representado y reprimido (pues hay otro más referido a lo real). Todo síntoma supone un saber ($S_1 \rightarrow S_2$). Y no quiero saber porque no quiero saber acerca de la castración.

En nuestro caso clínico, que data ya de hace casi 40 años, se trata de una mujer joven a la que llamaré María, profesional, divorciada, feminista que desempeña un cargo importante en una institución relativa a cuestiones de la mujer, cargo que se desarrolla entre lo profesional y lo político. Hablando de sus relaciones sexuales dice que no quiere

poner “*caras*” durante el acto, que no quiere mostrar el placer que su partenaire le brinda porque eso es como ponerle a él por encima, que es como otorgarle un poder sobre ella. Lo que no percibe es que algo de esto se produce también en la transferencia: cualquier interpretación o puntuación por mi parte lo siente como una humillación y es automáticamente negada y vuelta a traer posteriormente como habiendo sido producida por ella; así, por ejemplo, cuando ante sus quejas respecto a que los hombres la abandonan, intento mostrarle la manera en que se hace desagradable para que él termine huyendo de la relación. Bueno, pues varias sesiones después dirá que ha descubierto, sola y sin ayuda alguna que, en cierto modo, ella espanta a los hombres. ¡Claro! no vaya a ponerme a mi “*caras*”. Es que si en un primer momento, al acudir a mí me inviste como amo del saber, intentará que sea un amo sobre el que reinar, para castrarme después en lo imaginario y recuperar de ese modo su ser fálico. ¡Vaya, pero si es exactamente lo que dice Lacan! Y es lo mismo que pone en acto en sus aventuras sexuales, ahora en transferencia lateral, antes en un breve matrimonio, en la relación con su marido: uno de los factores que condujeron al divorcio. en tanto él no soportaba más ser la “víctima de la histérica”, según expresión de Lucien Israel.

Obvio algunos actings más para preservar el anonimato.

¡Cuánta envidia y crueldad!, pensaba yo. Bueno, pues, dada su apabullante identificación proyectiva y a pesar de mi propia violencia contratransferencial se tratará de no perder la capacidad de rêverie (contra más cruel y contra más IP, más necesidad tiene de mi capacidad continente), se trataba, decía, de seguir avanzando paso a paso, en función del análisis de la fantasía, de la envidia por el pene del padre interiorizado en el cuerpo de la madre y de la posible transformación y modificación de sus objetos internos muertos o muertos-vivos, disociados y encapsulados. Pues por más que el analista pudiera ser denigrado (o quizá precisamente por ello) era investido primero como pareja combinada, poseedor de los dos sexos y luego como importantemente necesitada figura paterna, constantemente puesto a prueba con sus descalificaciones.

En términos de Bion, tal como los desarrolla Meltzer, creo que su funcionamiento mental en “*supuesto básico*” oscilaba entre *ataque y fuga* y *dependencia*, cuando no de *apareamiento* seguido de nuevo de ataque y fuga.

Bueno, pues en tanto *semblante de sujeto supuesto saber*, se tratará para nosotros de seguir avanzando paso a paso, de transformaciones en o, de acto en acto de rectificación

subjetiva, en función de la construcción del fantasma. Pues por más que el analista pudiera ser denigrado (o quizá precisamente por ello) era investido como figura paterna, constantemente puesto a prueba con sus descalificaciones.

Aquí, de nuevo me salto otra actuación pero diré que se trataba de que en ocasión de un congreso o jornadas de cierta asociación, tras un día repleto de ponencias y talleres, ella, que ya había fichado al organizador o supuesta gran figura amo del saber, elige a su víctima para realizar en acto su fantasma.

Lo que ella consigue es que el Otro con mayúsculas, de Otro omnipotente, pecho inagotable, contenedor de todo lo bueno (incluido el pene paterno), completo, sin falta (A) pasa a Otro barrado, carente, impotente, castrado (A). Ella se ubica como objeto absoluto del deseo con ciertas fantasías de prostitución, ocultando la castración y llevándolo al terreno transferencial, dado que es el analista quién a ella le cobra sus sesiones.

Aunque fue María Lucila Pelento (con la que supervisé este caso varias veces en dos de las ocasiones en que pasó sus vacaciones en Valencia) quien me introdujo en Bion, pensaba yo a está paciente en términos de histeria. M^a Lu me señalaba la importancia de la personalidad psicótica de esta paciente, su envidia, ataques al vínculo y ataques a la función alfa del analista.

Siempre elegía de este modo a sus amantes: hombres que tenían un prestigio o un poder político, que aparecían en los diarios por alguna investigación o cuestión política (normalmente relacionado con la sexología), aunque en alguno de los casos él sufriera de impotencia sexual.

Tenía yo muy en cuenta lo que decía Lacan (Seminario 13): «Lo que la histérica quiere... es un amo... Quiere que el Otro sea un amo, que sepa muchas cosas... *ella es el premio supremo por todo su saber... quiere un amo sobre el que pueda reinar*. Ella reina y él no gobierna (cursivas nuestras)» (p.137). “lo que le importa es que el otro que se llama hombre sepa ***en qué objeto precioso se convierte ella***” (p.35).

En términos kleinianos: ella se convierte en lo que hablábamos, en ese pecho-pene omnipotente e inagotable contenedor de todos los bienes. Fue también Marilú quien me informara sobre la importancia de la práctica sexual favorita de esta paciente, la *felación*,

en la que por desplazamiento del pecho al pene de su amante podía actuar sus fantasmas sádicos de devoración.

El Otro con mayúsculas, de Otro absoluto, completo, sin falta (A) pasa a Otro barrado, carente, castrado (A̅).

Es lo que Lacan muestra con su fórmula del *fantasma histérico* en el Seminario sobre La transferencia (1960-61):

$$\begin{array}{c} a \\ \text{-----} \diamond A \\ -\Phi \end{array}$$

Y, es de rigor señalar que, en este momento de su Seminario, aunque Lacan ya se aproxime a través del concepto platónico de *agalma*, aún no presenta al objeto *a* como causa del deseo sino como objeto mismo del deseo, en el que ella se ubica, ocultando la castración.

Es en el Seminario del *Reverso del psicoanálisis* (1969-70), donde diez años después Lacan escribe el matema del ***discurso de la histeria***:

$$\begin{array}{ccc} \$ & \rightarrow & S_1 \\ \text{-----} & & \text{-----} \\ a & & S_2 \end{array}$$

En él vemos que \$, el sujeto barrado, la castración, ocupa el lugar del agente, arriba a la izquierda, en tanto el objeto *a* ocupa el lugar de la verdad, verdad de la histérica que se propone como *causa del deseo* del hombre, que lo es. Luego tenemos al significante amo (S1) en el lugar del Otro y debajo al S2, el saber o la cadena significativa en el lugar de la producción.

«Lo que la histérica quiere... es un amo. Está totalmente claro. Hasta tal punto que hay que plantearse si no será de ahí que partió la invención del amo... Quiere que el Otro sea un amo [S1], que sepa muchas cosas [S2], pero de todas formas que no sepa las suficientes

como para no creerse que *ella es el premio supremo por todo su saber... quiere un amo sobre el que pueda reinar*. Ella reina y él no gobierna (cursivas nuestras)» (p.137).

En un primer momento la histérica suspende en algo su desconocimiento en tanto se propone como mostrando su carencia, buscando y produciendo un saber S2, y un saber sobre “*qué es una mujer*” (saber imposible —ya que no hay significante de La Mujer— que ella produce en lo imaginario y que se aprecia en el matema en tanto S2 está a la derecha abajo, en el lugar de la producción). Pero en un segundo momento “lo que le importa es que el otro que se llama hombre —dice Lacan— sepa **en qué objeto precioso se convierte ella** en este contexto de discurso” (pg.35).

Y es cuando, a continuación, restaura su pasión de la ignorancia con total desconocimiento, de la “verdad” (-K) que la refalizará, manteniéndola compensada sin necesidad de síntomas hasta que fracase la actuación de su fantasía. Por tanto, tratándose de una actuación y no de una acción habría que situarla no sé si en la columna 6 de la Tabla de Bion (en A6) o en la 2 (Ψ), la de la defensa; en A2, tal vez, evidenciando en el análisis un *acting out* transferencial evacuativo de elementos beta. Es que aquí se aprecia un funcionamiento en *supuesto básico* de *apareamiento*, pero seguido, rápidamente, de un pasaje hacia *ataque y fuga*. Pero aún es pronto, si no ingenuo, para encaminarla hacia sus fantasías de absorber a través de mi pene. el contenido del pecho materno.

Es que, en tiempos de Freud, una histérica, pongamos *Isabel de R*, hacía una conversión como su astasia abasia a raíz de la muerte de su hermana y el pensamiento de “ahora él [el cuñado] está libre y puede casarse conmigo” por lo que metaforizaba con su cuerpo: las cosas no *andaban* bien por casa y ella hacía su parálisis. En cambio, una histérica actual, cuando las cosas no andan bien por casa, puede tener su arrebato y andarse a la casa de otros, de una pareja y liarse con él o con ella o con los dos y hacer que las cosas no anden bien nunca más en esa casa. Distinta manera de metaforizar (si es que más bien no se trata de metonimizar) para seguir manteniendo su desconocimiento (-k) mediante la IP (A2-?), dado que ni siquiera hay un atisbo de pensamiento como en Isabel de R, sino un automático **pasaje al acto** (por más que esté sustentado por una fantasía inconsciente).

Ahora veamos el último corte del caso que venimos tratando: En ocasión de un periodo analítico vacacional, realiza un viaje Regresa de su viaje e inmediatamente me llama por

teléfono. Necesitaba tener una sesión antes de la fecha prevista para retomar las sesiones de después de vacaciones, la que inmediatamente le brindo. Ciertamente me quedo sorprendido por su solicitud de ayuda y por la confianza que ahora me muestra.

Relata lo que durante el viaje había sucedido, pero que de nuevo omito por razones de confidencialidad: se había constituido una fobia que presentificaba las vicisitudes del **estrago materno** en tanto objeto de goce en el fantasma de la madre que trae de la mano a los temores de devoración y de castración. Dicho en términos bionianos: se presentifican las vicisitudes del **superyó asesino** (Bion en *Cogitaciones*, pág. 51, 57, 59) en tanto sus temores a las “bestias peligrosas”, sus temores de devoración y de castración, de despedazamiento, de aniquilación.

Hubo que esperar el salto de Freud desde el *caso Dora*, pues Freud entonces pensaba que nada mejor para Dora que el Sr. K; ¡y así le fue! Para el Freud descubridor del Complejo de Edipo en el varón, aún faltaban muchos años y pasar por la experiencia del *duelo por la muerte de su madre* como para que a raíz de la sexualidad femenina se replantea la pregunta ¿Qué quiere una mujer? y respondiera volviendo a la teoría del trauma, esta vez bajo la figura de la madre como primera seductora. También transitar desde *Algunas consecuencias psíquicas de la diferenciación sexual anatómica* (1925) hasta *Sobre la sexualidad femenina* (1931) y *La feminidad* (1938), para llegar a la mencionada figura de **la madre como primera seductora**. Lo que hace que para una mujer sea tan difícil manejarse en el *continente oscuro* de mamá, como manejarse con su propio continente oscuro que hace del hombre también un **estrago** para ella (Lacan, 1975-76. Pg. 99), productor de ansiedades de igual modo persecutorias y devoradoras.

Continúo con su relato. Es que nuestra paciente referirá la manera en que se le presenta la cuestión del **¿Che vuoi?**, la cuestión de *qué quiere el otro de mí*. El problema es el terror que su fantasma le infundía frente al no saber qué podía querer de ella cualquiera de los habitantes de ese lugar. Ante estos pensamientos quedaba paralizada presa del pánico... Era, estar en la boca del cocodrilo, tal como lo expresara Lacan en el seminario 17 (1969-70, p. 118: «El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. *Siempre produce estragos*. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe que mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre».

En fin, que es tan difícil manejarse en el *continente oscuro* de mamá repleto de objetos persecutorios y devoradores

Es obvio que algo falló en su estructuración y de ahí la importancia de los núcleos psicóticos, melancólicos que se nos muestran en su fobia paralizante con objetos muertos-vivos (Willy Baranger en su trabajo sobre *el objeto muerto-vivo*), algo falló, decía, pero algo bueno quedó establecido en su mundo interno capaz de algo asimilar porque aún, confrontada al objeto de su fobia no se produjo el desencadenamiento de una psicosis; lo que produjo fue una *fobia* que, imposibilitada de sus actuaciones que la refugiaban en una especie de *claustrum* meltzeriano, éste se vuelve claustrofóbico y le conduce a llamar a su analista, tal vez sintiéndolo ahora como objeto vivo o recurriendo a una defensa maniaca de sujeto hipervivo al que agarrarse.

Es que, desde el Edipo temprano de Melanie Klein (*El psicoanálisis de niños*) los temidos habitantes vendrían como una retaliación por la envidia y la destrucción operada en el cuerpo de la madre por el pene interiorizado en el cuerpo de la madre contenido del deseo materno y que ella se dedicaba a buscar infructuosamente en aquellos mencionados prestigiosos caballeros a los que finalmente denigraba.

Y es con la **metáfora paterna** la x (incógnita), lo no significado del deseo materno, lo real innombrable viene a ser sustituido por el significante fálico paterno, lo que ya resulta tranquilizador.

Algo de esto falló, pero algo de ella actuó porque aún, confrontada a los objetos temidos lo que produjo fue una fobia para con ella hacer un cierto sustituto del Nombre del Padre de la metáfora paterna.

La paciente hacía muchas preguntas sobre su malestar y aunque pienso yo en algunas respuestas para sus preguntas. Me callo. No es momento para teorías, ni para interpretaciones. Creo que es la primera vez que se dirige a mí con una explícita demanda de ayuda sin sentirse sometida. Ante este atisbo de *despersonalización* y *desrealización* de lo que se trata es de acompañarla. Se trata de *holding*, de sostenerla. Se trata de contener y filtrar ese bombardeo de *lo real del goce que la desborda*. Se trata de contener, ensoñar por ella y asimilar ese bombardeo de *ansiedades confusionales y catastróficas que la desborda*. La compartida experiencia emocional hizo que pasara el estrago; pasó lo tan catastrófico.

Como quiera que me dirijo a ella llamándola por su nombre, el efecto de nominación le hace llorar, pues es amor lo que produce una respuesta afable a la pregunta de “¿Quién soy yo?”. Con cariño le acerco un pañuelo. Me lo agradece. Se siente aliviada. Su goce temperado. Había enmudecido antes pero ya puede hablar. Y yo, por primera vez, creo, “siento”, percibo en ella algo del orden de la *gratitud*, a la vez que en mi mente se forma la imagen de una niña a la que su mamá canta canciones de cuna. La compartida experiencia emocional hizo que pasara el estrago de la devoración; pasó lo tan catastrófico. Recuerdo, entonces, una frase de Melanie Klein: “*El sentimiento de **gratitud** es uno de los más importantes derivados de la capacidad para amar. La gratitud es esencial en la estructuración de la relación con el objeto bueno hallándose también subyacente a la apreciación de la bondad en otros y en uno mismo*”.

No puedo aportar muchos más datos por razones confidenciales, pero diré que fue capaz de amar y pudo llevar a cabo una relación genuina de amor y confianza exenta de rivalidad, con un hombre con el que se casó, llegando a obtener goces antes prohibidos (maternidad incluida) y, ¿quién sabe si, en tanto no toda fálica, alcanzar ese goce femenino más allá del falo?

Se ve, pues, que de lo que aquí se trata, es de una *segunda forma* más intensa y urgente de **desconocimiento**, se trata de una verdadera **pasión de ignorancia** por ese horror a lo real irrepresentado. En Bion se trataría de un *minus K* (-K) que atiende a un *terror innombrable* Y, de ahí, la siguiente aseveración de Lacan: “Nadie dirá que lo que enuncio acerca de la función fálica surge de un desconocimiento de lo tocante al goce femenino” (Pg. 119).

Ahora bien, habría que distinguir muy mucho entre el desconocimiento grande de este tipo de histérica y el desconocimiento más liviano de una mujer, digamos no histérica o analizada o histérica de otro tipo, respecto de su goce. El goce de la histérica se mantiene más en un nivel de goce fálico, con frigidez o no por razones del temor al más allá del falo del goce femenino.

Lacan distingue fundamentalmente tres tipos de goce: El goce fálico, el goce del Otro y el plus de goce. El **goce fálico** es aquello de lo que Freud hablaba, la sexualidad masculina o femenina, pero de una sola libido. En Lacan es el goce pasado por los desfiladeros del significante, lo que de algún modo queda representado, queda en el más acá, aunque, obviamente por ser goce, linde con lo real. El **goce del Otro** es el goce del

más allá, del orden de lo real. En palabras de Lacan (La Tercera, 1974. Pg. 106): “El goce del Otro está fuera - de - lenguaje, fuera - de - simbólico... Este goce del Otro, cada uno sabe hasta qué punto es imposible”. Finalmente, tenemos el **Plus de goce** que es el goce relacionado con el *objeto a* que en el nudo borromeo queda situado en la intersección entre R, S e I.

Mientras que para Freud hay una sola libido que es de naturaleza masculina, en Françoise Dolto hay también *una libido en femenino*, así como en Lacan se trata de *sexuación*, tal como lo explicita en *El atolondradicho* (1972) o en el *Seminario 20, Aún* (1972-73) a través de las fórmulas de la sexuación: unas del lado hombre, otras del lado mujer, mostrando a la mujer “*no toda*” fálica capaz de un goce suplementario, vedado para el hombre, más allá del simple goce fálico.

Ahora bien, respecto al goce, dejémonos aleccionar por Tiresias, aquel que fue alternativamente hombre y mujer.

Así lo relata la mitología: Tiresias (que si recuerdan a Sófocles es el adivino a quién Edipo recurre para descubrir el origen de la peste de Tebas; y si recuerdan la Odisea, es el adivino al cual Ulises fue a buscar al Hades para que le indicara el camino de regreso a Ítaca). Tiresias, decíamos, era un varón que andando por los caminos de la Hélade encontró a dos serpientes copulando, las tocó con su cayado e, inmediatamente quedó transformado en mujer. Vivió así durante nueve años hasta que volvió a encontrarse a otras dos serpientes entrelazadas, copulando; las tocó con una vara y de nuevo fue transformado en hombre. Bueno, pues resulta que un día estaban en el Olimpo discutiendo Zeus y su esposa Hera acerca de quién gozaba más en la cópula sexual, si el hombre o la mujer. Cada uno atribuía un mayor goce al otro, pero Hera estaba especialmente empeñada en convencer a Zeus de que son los hombres quienes disfrutaban más. Para dirimir la cuestión llama Zeus a aquel que había sido hombre y mujer, llama a Tiresias. La respuesta es categórica: “*si se divide el goce en diez partes, nueve corresponden a la mujer y tan solo una parte al hombre*”. Hera, llena de furia al verse descubierta dejó ciego a Tiresias y, como quiera que un dios no puede deshacer lo que otro ha hecho, Zeus compensó a Tiresias otorgándole una larga vida y el don de la

adivinación. Y es que como dice Carlos Basch citando a Lacan¹ “Hay dos tipos de mujeres: las que fingen que tienen orgasmo y las que fingen que no lo tienen”.

Pero volviendo al goce de la histérica y sus problemáticas, es que ella necesita constantemente ser objeto de deseo y librándose a la satisfacción de su fantasma. No puede confiar, no puede abandonarse al goce hasta un punto como otra mujer pudiera hacer, en donde, como dice **Françoise Dolto**, *no puede ya más que ser pasiva*, lo que no se da sin la seguridad del **amor y confianza plena en su partener**. Y, aún en este caso, como dice Lacan (1972-73), “no pueden nombrar su goce, solo decir que lo sienten”. En cambio, es en tanto la histérica no puede dejar de desconfiar del amor de su partener, que no puede abandonarse de ese modo al goce. Temor a la pérdida de amor que en algunos momentos le pueden sobrevenir también a cualquier mujer sólo que en mucha menor medida. Y ¿por qué? Sencillamente por razones estructurales, por el cierto monto de histeria que le toca a cada mujer y a cada hombre. Y es que un hombre no sólo sufre por la pérdida de goce sino también por la pérdida de amor, en tanto es el amor lo que suple a la ausencia de relación sexual. ¡Cuánto esfuerzo para crear eso que no hay! Y es que, como ya sabemos por el Seminario 10, “**el amor-sublimación permite al goce condescender al deseo**”.

Muchas gracias por su atención y espero ahora sus aportaciones e intervenciones.

Referencias

- Bion, W. (1971): La Tabla. En *La tabla y la cesura*. Gedisa. Barcelona, 1997.
Bion, W. (1994): *Cogitaciones*. Promolibro. Valencia, 1996.
Dolto, F. (1982) La sexualidad femenina. Barcelona: Paidós, 1984.
Freud, S.: *Obras Completas*. Amorrortu.
Klein, M.: *Obras completas*. Paidós
Lacan J (1962-63). *El Seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
Lacan J (1969-70). *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1992.
Lacan J (1971-72). *El Seminario. Libro 19: ...o peor*. Paidós: Buenos Aires, 2012.
Lacan, J. (1972). El atolondradicho. El atolondradicho o las vueltas dichas. *Escansión Ornicar*, 1. Buenos Aires. Paidós, 1984.
Lacan J (1972-73). *El Seminario. Libro 20: Aun*. Paidós: Barcelona, 1981.
Lacan J (1974): La Tercera. *Actas de la Escuela Freudiana de París*. Barcelona: Petrel, 1980.
Lacan J (1975) Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. *Intervenciones y textos* 2. B. Aires: Manantial, 1988: 115-44.

¹ Basch, Carlos. Comunicación personal.